

FICHA 7

Evangelizadores del mundo por la calidad de nuestro testimonio

“Procuramos ser fieles al espíritu del Champagnat actuando con honradez, solidaridad y espíritu de servicio. A través del trabajo y de las relaciones sociales, construimos un mundo más fraterno y reconciliado, donde el más grande es el que se hace servidor de los demás”.



(PVMCH 15)

IDENTIFICACIÓN

Somos evangelizadores del mundo, viviendo en medio del mundo. Como sal en la comida, manifestamos la profundidad que se esconde en la vida cotidiana, e inmersos en ella, testimoniamos las tres dimensiones de la misión de Cristo: consagrar el mundo a Dios, ser profeta de un futuro distinto y estar al servicio de los demás. La misión marista la realizamos a través de una diversidad de tareas, ya sea el ejercicio de la profesión, la dedicación voluntaria, la familia o la oración. La pluralidad laical hace que las labores sean múltiples. Podemos compartir la misión marista en cualquier trabajo, vivido desde la fe.

Itinerario personal

1. LA MISIÓN

(PVMCH 12 – 17)

12. TESTIGOS Y APOSTOLES

Jesús es la fuente de todo apostolado. El cristiano laico está llamado a ser evangelizador del mundo por la calidad de su testimonio.¹ Su apostolado es parte integrante de la misión de la Iglesia.

El Movimiento Champagnat ayuda a cada miembro a descubrir y realizar su misión personal en la construcción del Reino de Dios. “*Dar a conocer a Jesucristo y hacerlo amar*” es la esencia de

¹ Cfr. *En torno a la misma mesa*, 37.

nuestra misión como maristas, siendo especialmente sensibles a las necesidades de los niños y jóvenes más necesitados.

La diversidad de tareas y profesiones, propia de la vida laical, nos convoca a estar unidos en la única misión marista, vivida desde la fe. Esa diversidad nos posibilita buscar juntos nuevos caminos de expresión de esa misión, y aporta riqueza al carisma desde perspectivas nuevas e insospechadas².

La oración ha de acompañar siempre a la misión, porque la sustenta y da sentido.

13. EN LA FAMILIA

La familia, en sus distintas expresiones, es nuestro primer campo de misión. En ella promovemos la comunión y la participación para que florezca el amor. Procuramos que en nuestras fraternidades se tengan en cuenta las realidades familiares, y se dé cabida a sus necesidades e inquietudes.

Educamos cristianamente a nuestros hijos y les ayudamos a descubrir y responder a su vocación. La oración en familia fortalece nuestra unión.

Posibilitamos que las familias salgan de sí mismas y generen vida más allá de su entorno. Al mismo tiempo, tratamos de armonizar las propias responsabilidades familiares, laborales y sociales, para evitar situaciones que manifiesten descuido o falta de presencia.

14. EN LA FRATERNIDAD

También la fraternidad misma es un campo privilegiado donde realizamos nuestra misión. Buscamos tiempos para conocernos, escucharnos, ayudarnos mutuamente en las dificultades y gozar juntos en las alegrías. Ponemos nuestras cualidades al servicio de los otros, y vamos aprendiendo a querernos con nuestras limitaciones y diferencias, haciendo realidad las palabras de Marcelino en su testamento espiritual: “Ojalá se diga de vosotros «Mirad cómo se aman»”.

En definitiva, la fraternidad es un espacio donde cuidamos los unos de los otros, nos ayudamos a crecer y nos animamos a responder a los retos cotidianos.

15. EN LA SOCIEDAD

Procuramos ser fieles al espíritu de Champagnat actuando con honradez y valentía, solidaridad y espíritu de servicio. A través del trabajo y de las relaciones sociales, construimos un mundo más fraterno y reconciliado, donde el más grande es el que se hace servidor de los demás.³

Desde nuestro ser laical, especialmente insertos en estructuras sociales y políticas, podemos ser agentes de transformación. En lo que hacemos, somos sensibles a la justicia y a las necesidades que nos rodean. Nos preocupamos especialmente de los niños, los jóvenes, las familias vulnerables, los pobres y abandonados.

16. ENTRE LOS JÓVENES

Nuestro ser marista nos invita y estimula a hacernos presentes entre los jóvenes. Posibilitamos espacios de encuentro con ellos para conocernos y compartir nuestras experiencias.

² Cfr. *En torno a la misma mesa*, 47.

³ *En torno a la misma mesa*, 38.

Las fraternidades quieren ser referencia de comunidad marista adulta para los jóvenes. Establecer una buena relación entre el Movimiento Champagnat y la Pastoral Juvenil Marista, allí donde existan, será una riqueza para ambos.

17. EN LA IGLESIA

Somos Iglesia y, como tal, compartimos con todo el Pueblo de Dios la misión de evangelizar. Por ello, vivimos en comunión con nuestras respectivas Iglesias locales y con otros movimientos y grupos eclesiales. Participamos en los servicios parroquiales. Juntos nos comprometemos en la promoción de todas las vocaciones.

Con nuestro testimonio, promovemos el rostro mariano de la Iglesia. Una Iglesia a imagen de Pentecostés, donde los discípulos reunidos en torno a María, son expresión de una comunidad fraternal, dialogante, servidora, abierta a la diversidad.⁴ Como María, estamos disponibles para servir, acoger y cuidar maternalmente a un mundo lastimado.

Desde nuestra misión en la Iglesia, procuramos ser referencia y apoyo en las obras maristas más cercanas.

2. EJERCICIO DE INTERIORIZACIÓN

- ❖ Del texto propuesto sobre el Proyecto de Vida, ¿en qué te sientes **más afectado o confrontado**? ¿Por qué? *(trata de precisar escribiendo)*

- ❖ Medita esta afirmación del texto: “*La familia, en sus distintas expresiones, es nuestro primer campo de misión. En ella promovemos la comunión y la participación para que florezca el amor*”. **Evalúa tus logros y tus actitudes al respecto.**

- ❖ “Se trata de comprometerse en el mundo desde el mundo”, dice el artículo de Patxi Andión. ¿Qué posibilidades encuentra **en el desarrollo de su profesión o trabajo habitual** para “construir un mundo más fraterno y reconciliado”?

⁴ Cfr. H. Emili Turú, Circular *Nos dio el nombre de María*, p. 54 y ss.

3. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

A. UNA IGLESIA EN SALIDA

Extractos de la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del santo Padre Francisco sobre el Anuncio del evangelio en el mundo actual

La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20). En estos versículos se presenta el momento en el cual el Resucitado envía a los suyos a predicar el Evangelio en todo tiempo y por todas partes, de manera que la fe en Él se difunda en cada rincón de la tierra.

I. Una Iglesia en salida

20. En la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de «salida» que Dios quiere provocar en los creyentes. Abraham aceptó el llamado a salir hacia una tierra nueva (cf. Gn 12,1-3). Moisés escuchó el llamado de Dios: «Ve, yo te envío» (Ex 3,10), e hizo salir al pueblo hacia la tierra de la promesa (cf. Ex 3,17). A Jeremías le dijo: «Adondequiera que yo te envíe irás» (Jr 1,7). Hoy, en este «id» de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva «salida» misionera. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.



21. La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera. La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (cf. Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles «cada uno en su propia lengua» (Hch 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido» (Mc 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos.

23. La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera». Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Así se lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: «No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo» (Lc 2,10). El Apocalipsis se refiere a «una Buena Noticia, la eterna, la que él debía anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, familia, lengua y pueblo» (Ap 14,6).

Primerear, involucrarse, acompañar, fructificar y festejar

24. La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. «Primerear»: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn 13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz.

Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejasas ni alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados. El discípulo sabe dar la vida entera y



jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora. Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo.

Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio

111. La evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios. Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional. Propongo detenernos un poco en esta forma de entender la Iglesia, que tiene su fundamento último en la libre y gratuita iniciativa de Dios.

Un pueblo para todos

112. La salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia. No hay acciones humanas, por más buenas que sean, que nos hagan merecer un don tan grande. Dios, por pura gracia, nos atrae para unirnos a sí. Él envía su Espíritu a nuestros corazones para hacernos sus hijos, para transformarnos y para volvernos capaces de responder con nuestra vida a ese amor. La Iglesia es enviada por Jesucristo como sacramento de la salvación ofrecida por Dios. Ella, a través de sus acciones evangelizadoras, colabora como instrumento de la gracia divina que actúa incesantemente más allá de toda posible supervisión. Bien lo expresaba Benedicto XVI al abrir las reflexiones del Sínodo: «Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera

viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser —con Él y en Él— evangelizadores». El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización.

113. Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana. Este pueblo que Dios se ha elegido y convocado es la Iglesia. Jesús no dice a los Apóstoles que formen un grupo exclusivo, un grupo de élite. Jesús dice: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos» (Mt 28,19). San Pablo afirma que en el Pueblo de Dios, en la Iglesia, «no hay ni judío ni griego [...] porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28). Me gustaría decir a aquellos que se sienten lejos de Dios y de la Iglesia, a los que son temerosos o a los indiferentes: ¡El Señor también te llama a ser parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor!

114. Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio.



Todos somos discípulos misioneros

119. En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar. El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace infalible «in credendo». Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El Espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un instinto de la fe que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión.

120. En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su

encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hch 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?

121. Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso no significa que debamos postergar la misión evangelizadora, sino que encontremos el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: «No es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera [...] y me lanzo a lo que está por delante» (Flp 3,12-13).

Persona a persona

127. Hoy que la Iglesia quiere vivir una profunda renovación misionera, hay una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación y también es la que realiza un misionero cuando visita un hogar. Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino.



128. En esta predicación, siempre respetuosa y amable, el primer momento es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes por sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón. Sólo después de esta conversación es posible presentarle la Palabra, sea con la lectura de algún versículo o de un modo narrativo, pero siempre recordando el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad. Es el anuncio que se comparte con una actitud

humilde y testimonial de quien siempre sabe aprender, con la conciencia de que ese mensaje es tan rico y tan profundo que siempre nos supera. A veces se expresa de manera más directa, otras veces a través de un testimonio personal, de un relato, de un gesto o de la forma que el mismo Espíritu Santo pueda suscitar en una circunstancia concreta. Si parece prudente y se dan las condiciones, es bueno que este encuentro fraterno y misionero termine con una breve oración que se conecte con las inquietudes que la persona ha manifestado. Así, percibirá mejor que ha sido escuchada e interpretada, que su situación queda en la presencia de Dios, y reconocerá que la Palabra de Dios realmente le habla a su propia existencia.

B. CONSAGRACIÓN PARA EL MUNDO DESDE LA IGLESIA

Patxi Andión, *Laicas y Laicos en el mundo desde el mundo*

Quisiera insistir en la vocación de los laicos y en la gran importancia que tienen para la Iglesia. La puesta en práctica de la vocación laical está lejos de hacerse efectiva.

Como las parroquias tienen necesidad de tantos brazos, la tentación de convertir la situación presente en algo habitual es real. Todo es poco para satisfacer las muchas necesidades de las parroquias, que además están ampliando su campo de actividades, por ejemplo, con servicios de salud, dotados incluso de médicos. Ello puede dar la impresión de que la Iglesia ya realiza su misión en el mundo. Pero esta importante misión necesita transitar además por otros caminos más directamente “mundanos”. Se trata de comprometerse *en el mundo desde el mundo*. Para eso han sido consagrados los laicos en el bautismo y enviados a esa misión por Jesús mismo. Un texto de Pablo VI es especialmente directo y claro sobre este particular:



“Los laicos, cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización. Su tarea primera e inmediata no es la institución y el desarrollo de la comunidad eclesial –esa es la función específica de los Pastores–, sino el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas, pero a su vez ya presentes y activas, en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, lo social, la economía, y también la cultura, las ciencias y las artes, la vida internacional, los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional... Cuantos más laicos haya impregnados del evangelio, responsables de estas realidades y claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas y conscientes de que es necesario desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, tanto más estas realidades –sin perder o sacrificar nada de su coeficiente humano, al contrario, manifestando una dimensión trascendente, frecuentemente desconocida–, estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y, por consiguiente, de la salvación en Cristo Jesús” (Anuncio del Evangelio 70, 1975).

Es un texto empático para con el mundo; reconoce posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero presentes y activas, en las realidades sociales; deja claro que la misión primera e inmediata del laico no es la institución eclesial, sino el mundo vasto y complejo de la política, lo social, etc. Y pide laicos comprometidos y competentes, que se responsabilicen de la sociedad.

La cita termina con una frase más o menos espiritualista. Pero ¿no habrá que hablar también de la defensa de la pobre gente, muchos sin trabajo y otros muchos con trabajos, no solo precarios, sino malos y de malos sueldos? Ahora que he pasado la edad de la jubilación, veo que es fácil ser sacerdote fervoroso sin saber casi nada de esas duras realidades. Todos esperamos con ganas la reforma interna de la Iglesia, desde la Curia hasta el diaconado (y sacerdocio?) de la mujer. Ojalá se haga. Y ¿no es tan importante el vuelco hacia la misión de la Iglesia en el mundo, como vocación y misión de los laicos?”.